

Las cuatro «avenidas fuertes» de la teoría sociológica contemporánea*

José Enrique Rodríguez Ibáñez
Universidad Complutense

Resumen

El artículo presenta, compendiadas en sus componentes analíticos, las cuatro direcciones de la teoría sociológica contemporánea que, a juicio del autor, poseen mayor poder epistemológico y plausibilidad investigadora, a saber, la teoría de la elección racional y la teoría cognitivista.

Palabras clave: teoría, teoría sociológica, acción comunicativa, sistemas, elección racional, cognitivismo.

Abstract. *Four approaches of contemporary sociological theory*

This article summarizes the four approaches of contemporary sociological theory which are considered as most suitable in epistemological and research-oriented terms, namely, the theory of communicative action, systems theory, rational choice and cognitive science. A table of compared analytical elements is furnished.

Key words: theory, sociological theory, communicative action, systems theory, rational choice, cognitive science.

Sumario

Preliminar: teoría de la sociedad, teoría sociológica, historiografía social	La teoría de la decisión racional
¿Qué son «avenidas fuertes» y por qué lo son?	La teoría cognitivista
La teoría comunicativa de la sociedad	A modo de conclusión
La teoría de sistemas	Bibliografía

* Este trabajo desarrolla y amplía la intervención, que con casi idéntico título, llevé a cabo en uno de los simposios del Congreso Español de Sociología celebrado en Granada en septiembre de 1995.

Preliminar: teoría de la sociedad, teoría sociológica, historiografía social

Como muy bien recuerda el maestro Ferrater Mora en su espléndida síntesis (1979), el término «teoría» se remonta etimológicamente a aquella actividad, propia de la antigua Grecia, consistente en observar como espectador los juegos y festivales públicos, en actitud profesional o «diplomática», todo ello a modo de germen de la consolidación de una secta de «teóricos» que perpetuaba ritualmente su existencia mediante «procesiones». No es descabellado pensar que este remoto origen de la actividad teórica referida a los asuntos sociales aletea todavía en la contemporánea casta profesional de sociólogos, subdividida en capillas y escuelas ritualizadas en voces de pública difusión —revistas, editoriales, *webs* ahora—, ágoras geográficas precisas —Frankfurt, Chicago, París— y reuniones cíclicas —congresos, conferencias—, trufadas de sentido operístico, declamación y amable convivencia grupal.

Dentro de ese prometeico esfuerzo por resumir teóricamente el reino de lo social, existen diversas formas de enfoque que conviene distinguir y matizar. En el nivel más general nos encontramos con la «teoría de la sociedad», heredera de la filosofía social y separada de ella por su voluntad de precisión y sistematicidad en la exposición de las observaciones relativas a la sociedad misma —sus pilares normativos, sus estructuras, sus tendencias de cambio—. Podríamos decir que la gran tradición de clásicos, brillantemente representada por Marx, Durkheim y Weber, sentó las bases duraderas de este género, combinando narración, descripción y solidez analítica. Posteriormente, construcciones tales como la teoría de la sociedad posindustrial —y eventualmente hipermoderna o posmoderna; véase la sistemática aportación de Kumar al respecto (1995)— o la teoría de la sociedad del riesgo, que yo mismo he tratado de pormenorizar (Rodríguez Ibáñez, 1993), se mueven en un camino parecido. Lo mismo cabría afirmar de autores como Alexander (1995) o Bauman (1995), interesados en fundir la teoría con el diagnóstico de la civilización. Por fin, la preocupación por renovar los referentes didácticos de la disciplina —que las sucesivas compilaciones de Smelser (1988, 1994) ejemplifican a la perfección—, también entrarían en el apartado de la teoría de la sociedad.

La teorización social *in genere* cuenta ya un considerable cuerpo de obras clásicas y tradiciones, lo cual permite establecer líneas temáticas y aun focos de atención delimitados por la consideración de los diversos foros nacionales protosociológicos —Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia, Estados Unidos. Es ésta otra rama del saber especializado sobre la sociedad que me permito denominar «historiografía social». Con la vista puesta en la reconstrucción de los discursos acumulativos sobre los que descansa la teoría, y acentuando por lo común el peso específico que ha tenido en dicha acumulación el contexto nacional de origen, la subdisciplina historiográfica ha hecho considerable fortuna e incluso tiende a ser confundida con la actividad teórica sin serlo exactamente. Dentro de esta especialidad, entre cuyos cultivadores me incluyó por cierto, me permito destacar de la producción actual el extraordinario trabajo de Richard Münch (1994). Aquí, el sociológico alemán traza los hilos históricos

de la evolución teórica de la disciplina, aplicándole, no sin humor, y por familias, la tetralogía funcional «AGIL» que Parsons ideara para su contraste con el proceso de modernización y estructuración de la sociedad. Con mayor vocación ensayística, nada reñida empero con el rigor analítico y el conocimiento de las diversas culturas occidentales parteras de la sociología, Donald Levine (1995) acaba de entregar a la imprenta un texto que ya ha empezado a suponer un hito crítico y elegante de la historiografía social. En fin, considero de justicia recordar igualmente la importante obra de Wolf Lepenies *El nacimiento de la Sociología* no tan reciente (1988), aunque ejemplar como demarcación histórica e intelectual de las tradiciones sociológicas nacionales.

Sin salirnos de lo que es la historiografía social, existe un capítulo de la misma preocupado por reflexionar sobre lo que la sociología ha sido y es y lo que habrá o habría de ser. Con la idea recurrente de crisis en la cabeza, hay autores que buscan volver a los orígenes ético-críticos, más allá de la confusión y el relativismo contemporáneos. Es el caso de Horowitz (1993). Otros como Lemert (1995), por el contrario, abogan por una asunción a fondo, en el discurso teórico, de la nueva realidad dominada por el multiculturalismo y la irrupción de los códigos femeninos. Hay incluso quien ha dado el paso de proponer un nuevo nombre disciplinar —el de «metateoría»— para este género de autorreflexión discursiva sobre la sociología; así, Ritzer (1992).

No puedo ni debo menospreciar los anteriores enfoques, cuyo fondo he tratado de resumir sucintamente, mencionando a algunos de sus representantes de última hora, sin ánimo alguno de exhaustividad. Sin embargo, sí que me veo en la obligación de precisar que ni la teoría de la sociedad ni la historiografía social —a las que, insisto, deseo larga vida— son propiamente teoría sociológica. Por «teoría sociológica», en sentido preciso o «duro», entiendo algo más reducido, a saber, el trabajo consistente en la elaboración de constructos hipotéticos que den cuenta axiomática y congruente de la realidad y, a la vez, iluminen la investigación social. Por poner ejemplos, teoría depurada, con pocas concesiones al ensayo, son las propuestas de Parsons, Stinchcombe y, en el presente, Mouzelis (1995) —autor este último que, a mi entender, ha sabido instaurar la sensatez en el quehacer teórico-sociológico, sin dejarse arrebatar, como él mismo dice, por los cantos de sirena de la filosofía, la lingüística ni el psicoanálisis, contrariamente a tanta barahúnda «deconstruccionista» al uso.

Naturalmente que la teoría de la sociedad, la historiografía social y la teoría sociológica no existen en puridad, entremezclándose las más de las veces. No obstante, hay prioridades en las diversas aventuras teóricas, no siendo difícil hallar la pauta dominante en cada una de ellas. Teniendo esto en cuenta, me dispongo ya a mostrar, en sus respectivos «esqueletos» epistemológicos e hipotéticos, las cuatro tendencias de teoría sociológica propiamente dicha que en mi opinión se erigen en este fin de siglo en alternativas sólidas o, como gusto yo de decir, «avenidas fuertes».

¿Qué son «avenidas fuertes» y por qué lo son?

Por «avenidas fuertes» entiendo aquellos procesos abiertos de producción teórica en sociología que tienen el suficiente peso específico como para acumular propuestas teóricas del pasado y aun asimilar otras propuestas del presente, y todo ello propiciando estímulos para el avance de la investigación. La metáfora de la avenida pienso que inmediatamente transmite la idea de imán o catalizador y, al mismo tiempo, la idea de continuidad y crecimiento. Que una avenida sea o no fuerte dependerá de que posea o no una base epistemológica adecuada y sólida; de que su alcance último roce las cotas del universalismo explicativo, y, finalmente, de que su ámbito de aplicación sea capaz de saber concatenar lo singular y lo global (o «micro» y «macro»).

Pues bien, en mi opinión son cuatro las avenidas teóricas capaces de cumplir con los anteriores requisitos en la teoría sociológica contemporánea. En concreto: la teoría comunicativa de la sociedad, representada emblemáticamente por la *Teoría de la acción comunicativa* de Habermas (1984, 1987); la teoría de sistemas, representada emblemáticamente por los *Sistemas sociales* de Luhmann (1995); la teoría de la decisión racional o *rational choice*, representada emblemáticamente por los *Fundamentos de teoría social* de Coleman (1990), y la teoría cognitivista, que no se asienta en ninguna obra emblemática en particular sino, a lo sumo, en una serie de trabajos importantes como los de Cicourel (1973), Changeux (1985), Churchland (1986), Gardner (1985), Johnson-Laird (1983) o Varela (1992).

A continuación expondré sintéticamente las bases en las que descansa cada una de estas teorías, así como su poder acumulativo y asimilador, su plausibilidad investigadora y sus pros y sus contras. Dado que no pretendo otra cosa que trazar una especie de cuádruple mapa de lo que para mi gusto constituye la más seria nevadura de la teoría sociológica de nuestros días, daré por supuestas muchas de las nociones manejadas, efectuaré remisiones *in genere* a autores, escuelas y conceptos y daré prioridad a la concisión esquemática sobre los desarrollos argumentales. Finalmente, resumiré lo expuesto en un cuadro y trataré de extraer una mínima conclusión prospectiva. Para una mejor elaboración, véase mi *Perspectiva sociológica* (1992).

La teoría comunicativa de la sociedad

Como se sabe, viene quintaesenciada por el citado *opus magnum* de Habermas (por cierto, tan teórico como historiográfico). Su nexos argumental gira en torno al proyecto de identificar a la sociedad como un proceso «dialógico» o plurisubjetivo que incorpora en su despliegue, íntimamente fundidas; a dos racionalidades colectivas básicas: la del «sistema» y la del «mundo de la vida». *Grosso modo*, la teoría de la acción comunicativa es una teoría general de la sociedad concebida como sistema general de la acción, que descansa en el diálogo permanente entre las «estructuras» y los «sujetos» o «agentes». Su afán es distanciarse del finalismo weberiano, del normativismo funcionalista y del tras-

cidentalismo frankfurtiano, aunque sin desdeñar la relectura del conjunto de clásicos de la teoría sociológica.

Las bases epistemológicas de esta teoría serían la filosofía existencial, la teoría de la intencionalidad, el presupuesto intersubjetivo y el culturalismo. Ello se traduce en una reconstrucción de la tradición sociológica que acumula: al Marx «relacional»; al Durkheim teórico de la identidad colectiva; al Max Weber teórico del sentido y la racionalidad; al interaccionismo simbólico; al Parsons teórico de la modernización, y, por fin, al *ethos* de la filosofía moral de Kant, la Ilustración y el pensamiento posilustrado de la escuela de Frankfurt. Ya en el presente, la teoría de la acción comunicativa asimilaría para mi gusto (con las debidas distancias) a la teoría de la «estructuración» de Giddens, al sincretismo entre el «campo estratégico» y el «habitus» de Bourdieu y a la teoría de la «posmodernización» de autores como Smelser y Alexander, en tanto en cuanto llevaría a todas estas propuestas (referidas a procesos de singularización y diferenciación «agencial» en contextos estructurales), a un manto de amparo discursivo o metateórico superior.

En cuanto a plausibilidad investigadora, a la teoría de la acción comunicativa posiblemente le falte operativización, si bien el propio concepto de acción comunicativa es susceptible de desarrollo empírico. En concreto, los esfuerzos contemporáneos por recategorizar a la sociedad civil y a los marcos de legitimación e identidad (Arato, Cohen, por ejemplo) se benefician bastante de este enfoque. En todo caso es cierto que el esfuerzo habermasiano contiene no pocos elementos de *desideratum* o *wishful thinking* y que, en última instancia, como ha puesto bien de manifiesto Joas (1993), sólo confusamente es capaz de librarse de su escondido residuo inmanentista.

La teoría de sistemas

Hasta ahora, su texto canónico es el ya mencionado de Luhmann. El sistemismo sociológico más elaborado descansa en una epistemología holista que, en lo relativo a la teoría sociológica, acumula al evolucionismo clásico, al Durkheim teórico del hecho social y al modelo estructural-funcional y, en la actualidad, toma en préstamo ingredientes teóricos importantes a la biología de signo «autopoietico» y a la informática.

La teoría sistémica de Luhmann pretende, también en sociología, romper las fronteras entre ciencia y tecnología. La teoría sociológica, una vez que los diversos sistemas que conforman a la sociedad son lo suficientemente patentes como para observarse, justificarse y orientarse por sí mismos, debe erigirse en tecnología de la comunicación (entendiendo por tal la «interpenetración» sistema a sistema, con el fin de reducir incertidumbre y potenciar rumbos correctos). Los «sistemas» de Luhmann —ser humano, economía, política, derecho, ciencia, sociedad, medio ambiente, etc.— son todos ellos autosuficientes y autónomos; modifican sus elementos constitutivos a la par que se autoobservan, y no forman una cadena de menor a mayor, sino que, como mucho, se «interpenetran» en su permanente ejercicio de observación y modificación. Tal

«interpenetración» es factible hoy día por el hecho de que la consolidación sistémica se plasma en realidades institucionales que son expresión o «escaparate» de cada uno de los sistemas —así: leyes en relación con el sistema jurídico; mercado en relación con el sistema económico; opinión pública en relación con el sistema político, etc.—, lo cual facilita que el ejercicio radical de autotransformación que Luhmann denomina «autopoiesis» se realice «en compañía».

La teoría avanzada de sistemas asimila al sistemismo cibernético o sociológico clásico (como el de Buckley), basado en la concatenación entre cada sistema social y su entorno, y no en la «autopoiesis» y la «interpenetración» defendidas por Luhmann. También pudiera decirse que asimila al neofuncionalismo empeñado en conciliar el sistema de la personalidad con el de la sociedad.

La plausibilidad investigadora de este enfoque es evidente en lo relativo a su defensa de los procesos diferenciación funcional intersocietarios, que rompe con los viejos criterios estratigráficos limitados al ámbito de cada uno de los Estados nación, y crea nuevos ejes —como el mediático o el financiero— para el estudio de los modernos sistemas mundiales de desigualdad. También son empíricamente sugerentes algunas de las categorías sistémicas típicas —complejidad, riesgo—, las cuales invitan al logro de una mayor parsimonia metodológica entre los confines de la psique, el sistema social y el sistema medioambiental.

Claro está que el sistemismo luhmaniano —según ha puesto de manifiesto Habermas sin ir más lejos, en sus frecuentes «fuegos cruzados» con el teórico actual de sistemas por antonomasia— debe pechar con los lastres de la tentación metabiológica en lo tocante a la definición de las metas colectivas, la proclividad hacia el cinismo o realismo sociológico exagerado (puesto que «tecnologiza» la toma pública de decisiones) y el desmesurado culto a las virtudes endógenas de cambio protagonizadas por unos sistemas sociales trasmutados en virtuales macroorganismos.

La teoría de la decisión racional

Esta teoría, cuyo adherente más puro es sin duda Coleman, pretende universalizar sociológicamente los hallazgos de la teoría económica neoclásica, la que se basa en el cálculo anticipado de la rentabilidad de la conducta como parámetro explicativo de la conducta misma —la individual y la colectiva—, entendida la última como agregado de conductas individuales. El anclaje epistemológico del decisionismo pasa por el individualismo metodológico, la lógica utilitaria, el modelo intencional de la acción y la teoría de juegos. De todo ello se deriva una concepción estratégica de la acción colectiva que explica el curso de las decisiones o elecciones entre alternativas a tenor de los escenarios concretos y, además, contrastando los resultados anticipables de la acción con los resultados efectivos de esa misma acción.

La teoría de la decisión racional acumula un aspecto del marxismo clásico (el de la lucha de clases como expresión estratégica de la defensa organizada de

intereses), el individualismo maxweberiano, la teoría de la acción de Pareto y las teorías clásicas del intercambio social. Igualmente, podría decirse que asimila en parte la teoría del conflicto de Dahrendorf y la sociología histórica (basada en la reconstrucción de la acción colectiva) de, pongamos por caso, Tilly.

La plausibilidad investigadora de esta teoría se refiere fundamentalmente a sus pertinentes modelos explicativos de la recién mencionada acción colectiva, que no eluden la paradoja ni la contradicción en sus formulaciones y que parten del supuesto ineludible de la generación de efectos perversos. Incluso procesos aparentemente anárquicos como las revoluciones han podido ser reelaborados a partir de esta perspectiva. También el decisionismo ha sido capaz de construir análisis del cambio social inspirado en la tradición del símil constitucionalista (Buchanan, Coleman, Sciulli).

La teoría de la decisión racional, sin embargo, ha sido tildada de practicar un exagerado «imperialismo microeconómico». Esto es más evidente en el caso de Coleman y no tanto en otros autores como Boudon o Elster. Sí que es verdad, en definitiva, que el decisionismo ignora, metodológicamente hablando, la autonomía de los órdenes culturales y la influencia en la conducta de los factores emocionales. Constituye una excelente herramienta intencional-estratégica que, no obstante, al menos en mi opinión, no puede arrumbar modelos explicativos adyacentes, como los basados en variables culturales y/o psicosociales.

La teoría cognitivista

Considerar a esta opción como «avenida fuerte» en teoría sociológica proviene de mi convicción personal de que el cognitivismo —o análisis neurofisiológico de la conciencia— aplicado a la sociología puede contemplar mutuamente, buscando su convergencia, a dos apuestas teóricas que, en puridad, vendrían lastradas por epistemologías no suficientemente universalizadoras. Me refiero, por una parte, a la sociobiología y, por otra, a la etnometodología. La primera mantendría con vehemencia que la conducta grupal y, a la larga, el orden social, pueden ser explicados a la luz de la biología genética, pero ella misma se declararía incapaz (desde los tiempos de Wilson) de explicar y pormenorizar la variadísima y compleja respuesta cultural —lengua, sistemas económicos, de parentesco, de autoridad, etc.— en que se versatiliza el patrimonio genético, dejando la tarea para una nueva teoría sociológica de base material. Por su parte, la etnometodología, que quisiera ser nada menos que la microteoría fenoménica del orden social, habría avanzado sustancialmente en su indagación en torno a las bases interpersonales de las que emergen normas y convecciones, pero no podría encontrar un elemento teórico metacontextual al que remitirse. Pues bien, con la adopción del marco cognitivista en el estudio de los microprocesos de la vida social, así como en el estudio de las estructuras y pautas globales de la sociedad derivadas de los anteriores, la tradición etnometodológica está en condiciones de hallar ese referente truncado —esto es, los fundamentos neuronales de la cognición y, en los escenarios sociológicos,

	Teoría comunicativa	Teoría de sistemas	Teoría decisionista	Teoría cognitivista
Base epistemológica	— Filosofía existencial — Teoría de la intencionalidad — Estudios culturales — Intersubjetivismo	— Holismo — Biología — Cibernética e informática	— Teoría económica — Utilitarismo — Teoría de juegos	— Psicología social — Neuropsicología — Inteligencia artificial — Lingüística — Lógica formal
Acumula	— «Primer Marx» — Teoría durkheimiana de la identidad colectiva — Teoría maxweberiana de la racionalización — Interaccionismo simbólico — Teoría de la modernización — Escuela de Frankfurt	— Evolucionismo — Normativismo durkheimiano — Estructural-funcionalismo	— Individualismo metodológico — marxweberiano — Marx «maduro» — Teorías del intercambio — Pareto	— Darwinismo — Conductismo — Antropología postdurkheimiana — Simmel
Asimila	— Teoría de la «estructuración» — Bourdieu — Teoría de la postmodernización	— Sistemismo cibernético — Neofuncionalismo	— Teoría del conflicto — Sociología histórica	— Etnometodología — Sociolingüística — Sociología de las emociones
Plausibilidad investigadora	— Estudios de legitimación — Sociedad civil	— Procesos de diferenciación y desigualdad — Relaciones medio ambiente-sociedad	— Acción colectiva — Revoluciones — Cambio social	— Aprendizaje — Conducta colectiva — Experimentación
Problemas	— Baja operatividad — Inmanenismo	— Merabiologismo — Amoralismo	— Imperialismo microeconómico — Ignorancia del factor emocional	— Reduccionismo psicológico

de la representación mental y de sus repercusiones estratégicas—. En cuanto a la sociobiología, encontraría en los estudiosos de la interacción social con base cognitiva unos aliados que le proporcionarían las herramientas socioculturales de las que carece. En resumen, la teoría sociológica de orientación cognitivista daría el espaldarazo de adultez epistemológica a las tradiciones psicossociales y etnográficas.

La epistemología cognitivista —que, dicho sea de paso, busca con este rótulo la unificación de las ciencias humanas— hunde sus raíces en la psicología social clásica, en la nueva psicología neuronal, en la sociolingüística, en la lógica formal y en la inteligencia artificial. Por acumulación, incorpora a su patrimonio histórico al darwinismo social, al pragmatismo, al conductismo, al Durkheim de las representaciones colectivas y a la antropología cultural y posdurkheimiana, y aun al Simmel teórico de las «formas (normativas) de socialización». En el presente, pudiera asimilar (de la mano, fundamentalmente, de Cicourel) a la etnometodología, a la etnografía de la ciencia practicada por autores como Latour o Knorr-Cetina, y probablemente también a otras construcciones, como las de Collins y Elias, en las que las emociones tienen un papel crucial a la hora de delimitar la construcción del orden social y la evolución civilizatoria. Del mismo modo abrazaría a teorías sociolingüísticas y «ontosocio-genéticas» como las de Piaget y Chomsky, manteniendo, al hacerlo, la misma polémica de origen que diferencia al uno del otro. Por decirlo con palabras más claras, el inmanentismo de Chomsky y el emergentismo de Piaget son continuados, ya en terrenos cognitivistas, por la polémica que divide a los teóricos de orientación «computacional» (como Johnson-Laird) y a los de orientación individualista y «autopoiética» (como Varela y Maturana, opuestos, por cierto, a la adopción sistémica de su concepto clave llevada a cabo, según sabemos, por Luhmann).

La plausibilidad investigadora de la teoría cognitivista se evidencia en sus aportaciones a la teoría del aprendizaje y de la conducta colectiva entendida como proceso de serialización. A la vez, el cognitvismo resulta impagable como enfoque fuertemente orientado hacia la experimentación. Por contra, genera problemas como su tendencia al reduccionismo psicológico y a la puesta en cuestión de la posibilidad misma de mantener la autonomía del discurso científico-social.

A modo de conclusión

La reserva que acabo de introducir en lo concerniente al cognitvismo puede servirnos para separar, por parejas, a las cuatro «avenidas» consideradas. En efecto, la teoría de la decisión racional y la teoría cognitiva comparten su proclividad a ser englobadas en constelaciones teóricas que se proponen trascender la vieja frontera que separa entre sí a las ciencias sociales (e incluso, en el caso de la teoría cognitiva, la que separa a las ciencias biológicas de las humanas). Por su parte, la teoría comunicativa y la teoría de sistemas serían más ortodoxas en su ánimo de mantener un puesto autónomo para la teoría de la sociedad (y su

depuración, la teoría sociológica), aunque, en lo relativo a Luhmann, la impronta de esta parcela adquiera un cariz «tecnológico».

Puestas así las cosas, la vieja distinción, que a mí particularmente me gusta introducir, entre sociologías de orientación comunitaria y sociologías de orientación societaria, estaría dando paso a una nueva contraposición entre sociologías con vocación de fundirse en antropologías integrales de signo económico o psicobiológico, y sociologías empeñadas en mantener, en el seno del diálogo interdisciplinar, la autonomía de la teorización sociológica. Yo inclino mis simpatías por las segundas, sin saber a ciencia cierta si se trata de un reflejo conservador o de un recurso resabiado a la hegeliana astucia de la razón.

Bibliografía

- ALEXANDER, Jeffrey (1995). *Fin-de-siècle social theory*. Londres: Verso.
- BAUMAN, Zygmunt (1995). *Life in fragments*. Oxford: Blackwell.
- CICOUREL, Aaron (1973). *Cognitive sociology*. Hamondsworth: Penguin.
- COLEMAN, James (1990). *Foundations of social theory*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- CHANGEUX, Jean-Pierre (1985). *El hombre neuronal*. Madrid: Espasa [ed. orig., 1983].
- CHURCHLAND, Patricia (1986). *Neurophilosophy. Toward a unified science of the mind-brain*. Cambridge (Mass.): M.I.T. Press.
- FERRATER MORA, José (1979). *Diccionario de Filosofía*, vol. 4. Madrid: Alianza.
- GARDNER, Howard (1985). *The mind's new science. A history of the cognitive revolution*. Nueva York: Basic Books.
- HABERMAS, Jürgen (1984). *The theory of communicative action. Reason and the rationalization of society*, vol. I. Boston: Beacon Press [ed. orig., 1981].
- (1987). *Teoría de la acción comunicativa. Crítica de la razón funcionalista*, vol. II. Madrid: Taurus [ed. orig., 1981].
- HOROWITZ, Irving Louis (1993). *The decomposition of sociology*. Oxford: Oxford University Press.
- JOAS, Hans (1993). *Pragmatism and social theory*. Chicago: University of Chicago Press.
- JOHNSON-LAIRD, Philip (1983). *Mental models. Towards a cognitive science of language, inference and consciousness*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KUMAR, Krishan (1995). *From post-industrial to post-modern society*. Oxford: Blackwell.
- LEMERT, Charles (1995). *Sociology after the crisis*. Boulder: Westview Press.
- LEPENIES, Wolf (1988). *Between literature and science: the rise of sociology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- LEVINE, Donald (1995). *Visions of the sociological tradition*. Chicago: University of Chicago Press.
- LUHMANN, Niklas (1995). *Social systems*. Stanford: Stanford University Press [ed. orig. 1984].
- MOUZELIS, Nicos (1995). *Sociological theory. What went wrong?* Londres: Routledge.
- MÜNCH, Richard (1994). *Sociological theory, from the 1850's to the present*. Chicago: Nelson-Hall.
- RITZER, George (ed.). (1992). *Metatheorizing*. Londres: Sage.

- RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, José Enrique (1992). *La perspectiva sociológica. Historia, teoría y método*. Madrid: Taurus.
- (comp.) (1993). «¿Hacia una sociedad del riesgo?». *Revista de Occidente*, núm. 150, noviembre.
- SMELSER, Neil (comp.) (1988). *Handbook of sociology*. Londres: Sage.
- (comp.) (1995). *Sociology*. Oxford: Blackwell-UNESCO.
- VARELA, Francisco y otros (1992). *De cuerpo presente. Las ciencias cognitivas y la experiencia humana*. Barcelona: Gedisa.